

[3]

EL SUFRIMIENTO DE LOS PROFETAS POR SU FIDELIDAD A LA PALABRA

Armando J. Levoratti

Los Padres de la Iglesia suelen representarse a los autores inspirados como instrumentos musicales en las manos de Dios. “El plectro divino -dice un texto patrístico- desciende del cielo; valiéndose de los hombres como de un laúd o de una lira, nos revela el conocimiento de las cosas divinas” (*Cohortatio ad Graecos*; PL VI, 256).

La exégesis contemporánea, sin descartar por completo el valor de esta metáfora, insiste en que debe ser entendida correctamente. El carisma de la inspiración no convierte al escritor sagrado en un instrumento inerte. Dios no escribió la Biblia como aquella mano misteriosa que trazó sobre el muro del palacio de Baltasar las tres célebres palabras: *Mané, Tequel y Parsín* (Dan 5,25). Tampoco dictó sus escritos a un medium en estado de trance, como los griegos pensaban que sucedía con la pitonisa de Delfos. Aún en los momentos de transporte extático -tan frecuentes en Ezequiel- el profeta seguía siendo él mismo; era el intérprete de Dios, sin perder su idiosincrasia personal, su imaginación y su sensibilidad.

Cuando se estudia el mensaje profético, es preciso no perder de vista esta estrecha colaboración entre Dios y el hombre. En los oráculos de los profetas no cabe distinguir la Palabra de Yavé de su expresión en una palabra humana. Todo es de Dios y todo es del hombre. Por eso, no se niega ni se limita la realidad de la inspiración cuando se trata de conocer la personalidad y el lenguaje del profeta. Más aún, el mensaje divino aparecerá con tanta más nitidez, cuanto más extensamente se conozca el instrumento del que el Señor se ha valido.

[4]

Esta compenetración de lo humano y lo divino en la conciencia profética -compenetración que es a un mismo tiempo revelación y respuesta, receptividad y espontaneidad, acontecimiento y experiencia- ha sido profundamente analizada y descrita por el rabino A. J. Heschel, en una obra que ya se ha hecho clásica. Heschel considera que se puede hablar del profeta como de un “vocero”, de un “portavoz” o un “mensajero” de Yavé. Pero en seguida aclara que un análisis cuidadoso nos impide caracterizar la inspiración profética como un acto de receptividad pasiva. El profeta no se limita a repetir impersonalmente un mensaje inspirado. La actividad y la experiencia profética implican la total participación y el compromiso de la persona en el acto de transmitir el mensaje recibido.

Más concretamente, esta participación es una identificación con el *pathos* divino. En el *pathos* de Dios -en la pasión que Él siente por los hombres- está para Heschel la clave de la profecía bíblica. Dios está comprometido en la vida humana. Su papel no es el de un juez o el de un espectador pasivo, sino el de parte comprometida apasionadamente. Una relación personal lo liga a Israel. Las manifestaciones de su amor y su misericordia, de su desengaño y su ira, de su ternura y su dolor expresan toda la intensidad de su ser más profundo. Y es ese *pathos* divino el que se revela en la palabra de los profetas. Casi todas las páginas de los escritos proféticos son el eco de la pasión del Señor por su Pueblo y del desengaño divino ante la falta de respuesta:

*¿Cómo te abandonaré, Efraím?...
Mi corazón se conmueve en mi interior,
todas mis entrañas se estremecen.
No daré libre curso al ardor de mi ira,
no destruiré de nuevo a Efraím.
Porque yo soy Dios, no un hombre,
el Santo en medio de ti,
y no vendré para destruir.*

(Os 11,8-9)

*Pueblo mío, ¿Qué te hice,
en qué te molesté? Respóndeme.
Yo te hice subir de Egipto,
te rescaté de la esclavitud...*

(Miq 6,3-4)

La intensidad de los sentimientos expresados en estos textos resultaría un enigma indescifrable si el profeta no estuviera emocionalmente identificado con el *pathos* de Dios. Pero esa

[5] identificación no es una fusión del ser ni una pérdida de la identidad por parte del profeta, sino una íntima armonía de voluntad y sentimiento, o bien, como dice Heschel, un estado que podría llamarse *unio sympathetica*. El profeta vibra con las mismas pasiones que conmueven a Yavé. En virtud de esta *sympathía*, el *pathos* de Dios se convierte en pasión humana y entra en la historia como una fuerza operante y un principio perturbador del orden establecido.

La certeza de haber sido enviado por Yavé y de hablar en su Nombre es el hecho fundamental de la conciencia profética. Esta certeza hace que los profetas repitan una y otra vez: “Así habla Yavé” y “¡Escuchen la palabra de Yavé!” Cuando las duras palabras de Jeremías contra el Templo lo pusieron al borde de la muerte, lo único que pudo decir en su defensa fue: “El Señor me ha enviado” (26,1). Su existencia entera está al servicio de esa misión: “El Señor me envió para profetizar contra esta Casa y esta ciudad todas las palabras que ustedes escucharon... En cuanto a mí, aquí estoy en manos de ustedes. Hagan conmigo lo que mejor les parezca” (Jer 26,12.14). En esto radica lo esencial del profetismo bíblico, como lo confirman las siguientes palabras de Isaías: “Lo que oí del Señor..., eso es lo que yo les anuncio” (Is 21,10).

Expresiones como las antes citadas -de cuya sinceridad es imposible dudar- atestiguan claramente que el profeta no considera su mensaje como un eco o una proyección de sus propios deseos. La Palabra de Yavé “llega” al profeta, se le impone como una fuerza irresistible y se distingue de sus *proprios* pensamientos e ideas. “Si el león ruge, ¿quién no temerá? Si Yavé habla, ¿quién no profetizará?” (Am 3,8).

La absoluta “*alteridad*” de la Palabra de Dios se hace más patente todavía cuando el profeta vive su mensaje como una carga insoportable y un peso que es casi imposible sobrellevar. En esos momentos de crisis, él sufre un tremendo desgarramiento interior, porque el mensaje que debe proclamar contradice sus sentimientos y deseos más íntimos. El *pathos* de Dios y el del profeta entran en conflicto. “Señor, tú me has seducido y yo me deje seducir... Cada vez que anuncio la Palabra tengo que hablar a gritos y exclamar: ¡Violencia, destrucción! A causa de la Palabra del Señor soy objeto de ultrajes y burlas constantes” (Jer 20,7.8).

En ninguna parte de la Biblia la “dualidad” de la conciencia profética -que no se opone a la simpatía con el *pathos* divino,

[6] sino que la presupone- se manifiesta con tanto vigor como en las “Confesiones” de Jeremías. La crisis interior del profeta no sólo estalla en un desahogo apasionado, sino que en cierto sentido es “analizada” mediante un esfuerzo tanto más notable cuanto que los profetas se muestran poco propensos a la introspección psicológica. Seguramente otros ya habían experimentado, al menos en parte, combates interiores análogos. Pero se habían resistido a exteriorizarlos, tal vez porque consideraban que sus quejas y objeciones a las órdenes del Señor eran un signo de debilidad, una rebeldía o quizá una blasfemia. Lo nuevo y original en Jeremías es haber consignado por escrito todas las confidencias dolorosas de su vida íntima y haber hecho de esas “confesiones” un elemento esencial de su mensaje. Ya hacía tiempo que los israelitas, en los Salmos de súplica, habían dado libre curso a sus quejas y lamentaciones por el sufrimiento y la desgracia. También en los Cantos de acción de gracias se recordaban las protestas y dudas provocadas por el dolor (Sal 32,3-4; 39,3-4; cfr. 73,2-16). Es probable que Jeremías, en sus “confesiones”, se haya inspirado en el lenguaje tradicional de esos Salmos. Pero él va mucho más lejos en el análisis de su conflicto interior y su desahogo ante Dios posee una espontaneidad inimitable. Así abrió a la reflexión religiosa un mundo realmente nuevo: el de los combates espirituales y el de los conflictos entre el impulso natural y la vocación divina. Esas experiencias traían aparejadas la revelación de algo inusitado para el pensamiento de su época y que el mismo Jeremías sin duda no llegó a percibir en toda su originalidad. Aquellas experiencias muestran, en efecto, que no sólo hay una relación entre el pueblo y Yavé, sino también entre el individuo y su Dios, incluso cuando el lazo que une a Dios con el pueblo parece estar roto (Jer 31,32). Ellas hacían ver también que el hombre agobiado por el dolor puede llegar, gracias al sufrimiento, a una comunión más íntima con el Señor que los privilegiados de este mundo. La desgracia y la tribulación no son necesariamente el signo de la reprobación divina.

Pero lo que más importa destacar, en relación con el tema que ha dado lugar a estas reflexiones, es la *raíz* de la que brota el sufrimiento del profeta. Esta raíz no es otra que *la fidelidad a la Palabra de Dios*. Jeremías -como los demás profetas- tuvo que decir “no” a la sociedad en la que vivía, entablado un implacable proceso contra todas sus instituciones civiles y religiosas. Para el pueblo, la “religión” se identificaba con el Templo y las prácticas culturales: “¡Templo del Señor, Templo del Señor, Templo del Señor es éste!” (Jer 7,4). Pero Jeremías denuncia esta forma de piedad como un fraude y una ilusión. El Señor abomina del culto, cuando se quebranta la justicia, se oprime al inmigrante, al huérfano y a la viuda, se derrama sangre inocente y

[7] se va detrás de otros dioses (Jer 7,5-6). Por eso el Señor abandonará su Morada y dejará la ciudad librada a la violencia de sus enemigos. Al oír el anuncio de la destrucción de Jerusalén y del Templo, los jefes religiosos de Judá no dudaron en proclamar ante las autoridades y el pueblo que “ese hombre” merecía la pena capital (Jer 26,10-11). Y sólo la oportuna intervención de “algunos ancianos del país” -que adujeron en favor de él un anuncio similar hecho por el Profeta Miqueas (3,12)- libró a Jeremías de una muerte segura (Jer 26,19).

La acogida que recibió Jeremías no fue más favorable cuando las circunstancias lo obligaron a participar activamente en la agitada vida política de su tiempo. Los líderes políticos de Judá, incentivados por Egipto, pensaban liberarse del yugo babilónico formando con los reinos vecinos un frente común contra Nabucodonosor. Jeremías, en cambio, pensaba que esas alianzas llevarían a un desastre irremediable. El poderío de Babilonia era por el momento incontenible. Además, el mismo Señor había elegido al poderoso monarca como el ejecutor de sus juicios contra Judá. Nabucodonosor no era nada más que el “servidor” de Yavé (Jer 27,6), el instrumento de sus designios sobre la historia. Sólo la política de sumisión a Babilonia podría salvar a Judá de la destrucción total.

Habría que leer todo el relato de “los padecimientos de Jeremías” (caps. 36-45), para percibir los indecibles sufrimientos que debió soportar el profeta por su inquebrantable fidelidad a Palabra de Yavé. En ese relato sobrio y objetivo, que evita deliberadamente el recurso a lo patético, se trasluce el profundo drama del profeta y la enorme tensión con que vivió los años que precedieron a la caída de Jerusalén. De un lado estaba el profeta lúcido y solitario, que hacía esfuerzos denodados por salvar los restos del naufragio, aconsejando el sometimiento momentáneo al enemigo, en la certeza de que también él no tardaría en caer bajo el juicio de Yavé. Del otro lado estaban los oficiales del reino -incluidos algunos profetas- que acusaban a Jeremías de alta traición a la patria y procuraban sacárselo de encima, por todos los medios posibles. “Hay que matar a ese hombre, porque desmoraliza a los guerreros que aún quedan en esta ciudad y a toda la población, diciéndoles tales cosas. Porque este hombre no procura en absoluto el bien del pueblo, sino su daño” (Jer 38,4). Y en el medio estaba Sedecías, el rey indeciso y versátil, siempre fluctuando entre el temor que le infundían sus oficiales y el innegable ascendiente que ejercía sobre él la insobornable personalidad de Jeremías.

[8]

Agobiado por el rechazo y la persecución, es natural que Jeremías haya exclamado en un momento de crisis y decepción: “La Palabra de Yavé ha sido para mí oprobio y burla cotidiana”, y que haya sentido el deseo vehemente de evadirse de una responsabilidad tan dolorosa: “Yo decía: No volveré a recordarlo ni hablaré más en su nombre”. Sin embargo, la fuerza de esa Palabra es invencible, y el profeta tiene que confesar su derrota: “Pero había en mi corazón algo así como un fuego ardiente, prendido a mis huesos, y aunque yo trabajaba por ahogarlo, no podía” (Jer 20,7-9).

Lo más paradójico de esta situación es que cuando el profeta pide al Señor una respuesta, en lugar de recibir un consuelo, escucha más bien un reproche. Él, que tantas veces había llamado a la conversión, también tenía que convertirse. Ningún profeta habla de la acción de la Palabra de Dios con tanta precisión como Jeremías. Ninguno la presenta tan vívidamente como una fuerza exterior que actúa con una violencia compulsiva. Ninguno debió realizar tantos esfuerzos para asumir esa Palabra y asumirse a sí mismo frente a ella. Y cuando confiesa amargamente su soledad, su “alienación” y la futilidad a su condición -debido precisamente a la fidelidad por transmitirla tal como la había recibido, sin ningún atenuante- el Señor le dice simplemente que esa condición es ineluctable y que forma parte de la misión profética. El sufrimiento padecido es sólo una sombra de lo que vendrá después:

*“Si corriste con los que van de a pie y te cansaste,
¿cómo competirás con los jinetes?
Si en campo abierto no te sentiste seguro,
qué harás entre las espesuras del Jordán?”*
(Jer 12,5)

Lejos de conceder al profeta la venganza que él reclama, esta respuesta del Señor le anuncia nuevas persecuciones. En vez de responder a su pregunta (Jer 12,1), deja en el misterio la retribución de los justos y de los pecadores.

La referencia a los padecimientos de Jeremías señala sólo un aspecto de las relaciones entre el sufrimiento y el profetismo. Pero este aspecto es tan esencial, que la imagen del Profeta presentada en los Cantos del Servidor sufriente hará del dolor uno de los componentes fundamentales de su misión. La figura del Profeta que debe sufrir, y aún ser condenado a muerte, para llevar a cabo su misión, se volverá a encontrar más tarde en el Judaísmo. Y el mismo Jesús promete a sus discípulos una suerte similar: “Felices ustedes cuando sean insultados y perseguidos y

[9] se los calumnie en toda forma a causa de mí. Alégrese y regocíjense entonces, porque tendrán una gran recompensa en el cielo; *de la misma manera persiguieron a los profetas que los precedieron*” (Mt 5,11-12).

La Palabra de Dios que juzga al culpable y llama a la conversión encontrará siempre resistencia en el “pecado del mundo”, hasta que la instauración definitiva del Reino de Dios lo haga desaparecer para siempre.